



STAR WARS
THE
MANDALORIAN

TEMPORADA 2

LA NOVELA

STAR WARS[™] THE MANDALORIAN

TEMPORADA 2

LA NOVELA

Basada en la serie creada por Jon Favreau y escrita por Jon Favreau, Dave Filoni, Christopher Yost y Rick Famuyiwa

Planeta Junior

© & TM 2022 Lucasfilm Ltd.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

© de la traducción: Noelia Palacios, 2022

© 2022, de la presente edición en castellano: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2022

ISBN: 978-84-08-25776-9

Depósito legal: B. 12.626-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



CAPÍTULO 1

ESE NO ERA LUGAR PARA UN NIÑO.

El Mandaloriano se abrió paso por el callejón acompañado por la aerocuna plateada con su diminuto ocupante a una breve distancia de seguridad. Dentro, el Niño gimoteaba observando a su alrededor con los ojos bien abiertos. Los suburbios de este planeta del Borde Exterior estaban infestados de sombras amenazantes, todas ellas un problema al acecho. En lo alto las farolas parpadeaban y arrojaban tímidos haces de luz sobre los muros con pintadas, temerosas de lo que pudieran desvelar. Los rodeaba un profundo e inerte calor abrasador, aunque la calma que se respiraba no era más que una falacia.

No estaban solos.

En la oscuridad se observaban ojos brillantes.

Mando se detuvo frente a una puerta oscura custodiada por un guardia twi'lek de brazos cruzados. Como todos los de su raza, el twi'lek era un humanoide a casi todos los efectos, a excepción de los dos largos lekkus que le nacían del cráneo. Era evidente



que su fría mirada desafiaba a cualquiera con tan mala suerte de toparse con él y ahora aguardaba a que el Mandaloriano se presentara.

–Vengo a ver a Gor Koresh –anunció Mando, y el Niño lo corroboró con un arrullo. Al cabo de un momento, el guardia se apartó y les indicó que pasaran.

–Disfruta de los combates –respondió el twi'lek.

Nada más entrar Mando ya oía los vítores, los aplausos y el choque del metal contra el metal. En el cuadrilátero se enfrentaban con vibrohachas dos enormes luchadores gamorreanos, de aspecto semejante a un cerdo, mientras los espectadores silbaban y bramaban en media docena de idiomas y dialectos distintos. Si bien Mando ni se molestó en echar un vistazo, al Niño parecía asombrarle la demostración de fuerza en las cuerdas.

Tras escudriñar entre el gentío, Mando encontró a quien buscaba.

Gor Koresh era un abyssin de piel verdosa y mucho estilo, ataviado con un traje blanco inmaculado, pendientes y un aro en la nariz. Lo rodeaban cuatro guardaespaldas bien armados, que desviaron su atención hacia Mando y su acompañante en la aerocuna. El único ojo de Koresh oscilaba entre Mando y el Niño, entre confuso y en desacuerdo.

–¿Has traído al niño?

–Él va donde vaya yo –dijo Mando.

Koresh resopló.

–Eso he oído.



—Me han encargado llevarlo con los suyos —explicó Mando—. Si consigo localizar a otros mandalorianos, ellos podrán orientarme. Me han dicho que sabes dónde encontrarlos.

Koresh apenas le quitaba ojo al combate.

—Es descortés hablar de negocios tan pronto —respondió—. De momento, disfruta del espectáculo.

Espectáculo no era precisamente la palabra que Mando habría elegido para describir lo que ocurría en el cuadrilátero, pero esperó mientras los dos luchadores se atacaban con las hachas en su último acto de su salvaje y sudorosa tragedia. Uno de ellos asesó al oponente tal porrazo en la tripa que lo tumbó en la alfombra y desató la euforia del público.

—¡Buf! —se quejó Koresh claramente disgustado con el resultado—. A mi gamorreano no le está yendo nada bien. —Levantó la voz para gritar, sumándose así a los abucheos y alaridos de la multitud—. ¡Mátalo! ¡Acaba con él!

El gamorreano herido, como si respondiera a tal orden, recuperó el equilibrio y contraatacó. Koresh meneó la cabeza hacia el cazarrecompensas.

—¿Tú juegas, Mando?

—No si puedo evitarlo —contestó el Mandaloriano.

Koresh se rio de forma inquietante.

—Te apuesto la información que buscas a que ese gamorreano muere antes de un minuto y medio. Lo único que tienes que aportar a cambio es tu brillante armadura de beskar.

Mando se giró y lo miró.



—Puedo pagarte por la información —contestó—. No dejaré mi destino al azar.

—Yo tampoco —replicó Koresh. En el cuadrilátero, el luchador ganador había alzado el hacha para rematar a su contrincante. Sin dudarle ni un momento, el cíclope se levantó, desenfundó un bláster de la cartuchera bajo la chaqueta, apuntó hacia la alfombra y disparó en pleno pecho al gamorreano en pie, que al derrumbarse puso fin al encuentro.

Cuando un sorprendente silencio se adueñó de la sala, Koresh dirigió el bláster hacia Mando. Antes de que este pudiera alcanzar su arma, los guardaespaldas ya se habían puesto en guardia y apuntaban de cerca al cazarrecompensas.

A su alrededor la gente parecía haber perdido repentinamente todo interés por el combate. Abandonaron los asientos de un salto y se apresuraron hacia las salidas, por lo que Mando y el Niño se quedaron a solas con Koresh y sus matones.

—Gracias por venir a mí —dijo Koresh—. Normalmente soy yo el que va a buscar a los mandalorianos que quedáis en vuestras colmenas ocultas para recolectar vuestros preciosos y relucientes caparazones. —Volvió a reírse entre dientes—. El valor del beskar no hace más que aumentar. Le he cogido mucho cariño. Dámelo ahora o se lo arrancaré a tu cadáver.

El Mandaloriano ni se inmutó. A su lado veía al Niño asomándose al borde de la cuna, siguiendo la discusión embelesado.

—Dime dónde están los mandalorianos —anunció Mando— y me marcharé de aquí sin matarte.



Koresh frunció el ceño.

—¿No habías dicho que no eras jugador?

—No lo soy —sentenció Mando. Al ver lo que se avecinaba, el Niño se agachó dentro de la cuna ovalada y la cerró justo cuando Mando activó los misiles autodirigidos del guantelete. Los silbadores volaron entre los guardaespaldas cual enjambre mortífero y los abatieron en cuestión de segundos.

Se escuchó un alarido de rabia cuando el gamorreano superviviente saltó las cuerdas y se desmoronó sobre Mando. Este retrocedió y el gladiador se estampó contra el suelo de un doloroso batacazo. Justo después el cazarrecompensas notó un par de brazos agarrándolo por detrás; otros tres guerreros armados al servicio de Koresh arremetieron contra él a base de puñetazos y patadas. Uno blandía un martillo de guerra, pero Mando se agachó a tiempo sin perder de vista a Koresh, que se apresuraba hacia la salida.

Mandó propinó un puñetazo en la cabeza al twi'lek que tenía delante, luego se dio media vuelta y liquidó al matón que tenía a sus espaldas antes de sacar la cuchilla con resorte de la muñeca y rematar con una eficacia letal a los dos últimos enemigos. Recogió su bláster y se encaminó rápidamente hacia la puerta tras el abyssin.

En la calle vio a Koresh escapando por el callejón, impulsándose con los brazos y emitiendo gruñidos de pánico en su huida. El Mandaloriano levantó el brazo y disparó un cable con el que atrapó al cíclope por los tobillos; luego, lo arrastró tirando de él



por los pies. Mando enrolló el cable en lo alto de un poste de luz e izó a Koresh, que quedó colgado por los pies con su chaqueta blanca sucia moviéndose como un par de alas inservibles.

—¡Vale! —dijo Koresh—. ¡Para! Te diré dónde está. Pero dame tu palabra de que no me matarás.

—Te prometo que no seré yo quien te mate —contestó Mando. Ya oía cómo se acercaban a rastras entre las sombras las criaturas de ojos rojos. Sus garras emitían ruiditos de arañazos al aproximarse—. ¿Dónde está el mandaloriano del que has oído hablar?

—En Tatooine.

Mando lo miró sorprendido.

—¿Qué?

—El mandaloriano del que he oído hablar está en Tatooine —contestó Koresh. Al haber perdido toda su dignidad, se le quebró la voz intentando conservar lo que le quedaba de compostura.

—He pasado mucho tiempo en Tatooine —dijo Mando— y nunca he visto a un mandaloriano allí.

—Mi información es buena, te lo aseguro. En el pueblo de Mos Pelgo. —La voz del abysin empezaba a sonar ronca, como si le costara respirar—. ¡Te lo juro por los Gotra!

—Entonces iré a Tatooine —anunció Mando, que se dio media vuelta y se marchó, acompañado por la aerocuna.

—¡Espera, Mando! —gritó Koresh—. ¡No puedes dejarme así! ¡Suéltame!

—Eso no era parte del trato.

El Mandaloriano se volvió y disparó a la farola situada sobre

Koresh. A su alrededor, envalentonadas por la oscuridad, las presencias de ojos rojos se lanzaron a su presa y Gor Koresh empezó a chillar.

–Espera, ¿qué haces? ¡Mando! ¡Puedo pagarte! ¡Mando!
Pero el Mandaloriano no volvió la vista atrás.

